Breve historia de los mayas

Carlos Pallán Gayol

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los Mayas
Autor: © Carlos Pallán Gayol
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez
Diseño y realización de cubiertas: Onoff Imagen y comunicación
Imagen cubierta: Daniel Schwen © 2009 Daniel Schwen

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-154-3

Printed in Spain

Índice

Prólogo.....13

Introducción. Descifrando el pasado maya.....17

Capítulo 1. El mundo maya y los estudios mayas.....37
- El mundo maya.....37
- Flora y fauna 49
- Mesoamérica 61
- Grupos étnicos y lenguas mayas 63
- Viajeros, exploradores e historia del desciframiento..... 73

Capítulo 2. Orígenes y desarrollo.....103
- El Preclásico.....109
- Preclásico inferior (h. 2000-1000 a. C.).....111
- Preclásico medio (1000-400 a. C.).....120
- El origen de la escritura.....127
- Preclásico superior (400 a. C. - 250 d. C.).....130

Capítulo 3. El Clásico temprano.....143
Mitología de origen en la región occidental.....149
El comienzo de la era histórica en la región occidental.....154
La doble caída de Palenque.....166
Los orígenes de las dinastías del Petén.....171
El umbral de la historia en las tierras bajas centrales.....186

Capítulo 4. La entrada de Teotihuacán en el mundo maya 191
Tikal y el Petén central.....200
La región de Usumacinta.....214
Copán.....218
Las tierras bajas del norte.....224
Las tierras altas y la costa del Pacífico.....228

Capítulo 5. El Clásico tardío y la era dorada de los grandes reyes.....233
El colapso del Clásico medio 235
El hiatus de Tikal.....240
El ascenso de la dinastía de la serpiente.....246
La era de Yuhkno'm el Grande, rey de reyes 254
Matrimonios y otros recursos políticos 272
Tikan contra Calakmul: la batalla final 282

Capítulo 6. La gloria y poder de la región occidental durante el Clásico tardío.....301
El ocaso de la era de los grandes reyes de Occidente.....345

Capítulo 7. El colapso del Clásico terminal.....353
El colapso del Petén.....356
La caída de la región occidental.....358
El Petexbatún..... 366

Capítulo 8. La llegada de K'uk'ulkaán:
del Clásico terminal a la conquista.....373
El nuevo orden internacional.....375
La serpiente emplumada: mito e historia.....380
Chichén Itzá.....388
Uxmal.....394
El Posclásico temprano (900-1200 d. C.)..... 396
El Posclásico tardío (1200-1521 d. C.).....402
La conquista.....410

Epílogo.....423
Colonia y rebeliones indígenas. Mayas de
ayer y de hoy.....423
Los mayas hoy.....428
Conclusión 431

Bibliografía.....437

Prólogo

Los mayas son una de las civilizaciones antiguas más fascinantes del mundo. Las ciudades mayas se desarrollaron y florecieron en la selva tropical, uno de los sistemas ecológicos más hostiles y frágiles de este planeta. A pesar de un siglo y medio de investigación, la jungla todavía no nos ha entregado todos sus secretos y, hasta hoy, los arqueólogos siguen descubriendo majestuosas ciudades, calzadas, templos y palacios en su espesura. En estos palacios vivían reyes con sus grandes cortes reales, rodeados de vasallos, artistas y princesas, mientras la mayoría de la población habitaba en la periferia de las ciudades y se dedicaba a la agricultura. A pesar del esplendor que alcanzó la cultura maya durante la época clásica, estas ciudades eventualmente serían abandonadas por sus pobladores.

¿Qué provocó este misterioso colapso de la cultura maya? Este es solamente uno de los muchos secretos que tanto nos fascinan sobre esta milenaria cultura. Como ninguna otra civilización, los mayas se asocian a misterios sobre su origen y su fin. ¿De dónde vinieron? ¿Por qué se establecieron justamente en la selva tropical, y sobre todo,

en una región donde casi no existen lagunas o ríos para abastecer a la población de agua, tan vital para la vida?

Desde hace un siglo y medio, han sido primero viajeros, después exploradores y más tarde científicos, quienes se han encargado de investigar la cultura más importante del continente americano. Muchos de los secretos de los mayas han sido revelados desde entonces. Entre los descubrimientos más importantes sobre su antigua cultura está, sin duda, el desciframiento de su escritura jeroglífica, en tanto que nos permite ahora leer gran parte de los documentos escritos que nos dejaron en miles de monumentos de piedra, cerámicas pintadas, artefactos en materiales preciosos y también en libros. El desciframiento de la escritura nos permite descubrir la historia de este pueblo y de los grandes reyes que gobernaron sus majestuosas ciudades; también nos permite aprender cómo pensaban; cómo concebían su mundo y su cosmos; y cómo hablaban con sus dioses.

Ninguna otra civilización del continente americano abre una ventana semejante a su historia, a su pensamiento ancestral, y a su riqueza mitológica. Esta *Breve historia de los mayas* presenta además los últimos avances del estudio de sus textos, a la par que nos explica el origen de sus dinastías reales; los fascinantes contactos entablados con la cultura de Teotihuacán en el centro de México; el conflicto violento entre las dinastías de Tikal y la de Kaanu'ul, sin duda los reinos más poderosos de las tierras bajas; y al final, también nos narra el abandono de las ciudades y el comienzo de una nueva época, marcada por la llegada de K'uk'ulkaan.

Los avances de la arqueología que presenta el autor Carlos Pallán en *Breve historia de los mayas* nos indican

que esta cultura respondió de una manera significativa a su medio ambiente tropical. Este no sólo se manifiesta en su religión y su cosmología, sino además en su forma de agricultura y en la organización de sus ciudades, que se distinguen increíblemente en su diseño urbano de las ciudades europeas, aunque también por el pequeño tamaño de sus entidades políticas, que ante la falta de medios de transporte, nunca se transformaron en grandes estados territoriales. También, en los últimos años, hemos aprendido que las ciudades mayas se desarrollaron mucho más temprano de lo que se pensaba originalmente. Ya en la época del Preclásico medio —período contemporáneo al final de la cultura olmeca, que dejó una fuerte impresión en la maya— surgieron los primeros asentamientos con arquitectura monumental en las tierras bajas mayas. Otra contribución reciente de la investigación arqueológica es que el colapso de la civilización maya no se ve ya como un fenómeno rápido e uniforme, que borró todas las ciudades mayas al mismo tiempo. Aparentemente, fue en cambio un proceso de larga duración, del cual algunas regiones quedaron completamente excluidas.

Durante mucho tiempo, los siglos entre el Colapso y la conquista española fueron considerados una época de decadencia cultural. También aquí la interpretación de la cultura posclásica ha cambiado, y esta época con sus nuevas redes económicas y sus nuevas estructuras sociales se convierte cada vez más en un objeto de la investigación, tal y como nos cuenta Carlos Pallán en esta *Breve Historia*.

Tal vez el aspecto más fascinante de la cultura maya, sin embargo, es su supervivencia hasta la actualidad. La conquista española fue un proceso que tardó largo tiempo

en realizarse, y estuvo limitado a pocas regiones del mundo maya, la cual ocupa hoy cinco estados modernos, incluyendo el sur de México, todo Guatemala y Belice, y partes de Honduras y El Salvador. En todos estos países habita población maya hasta el día de hoy. A pesar de tres siglos de dominación española y la transformación irreversible de su cultura y su sociedad, los mayas de hoy están redescubriendo sus antiguas raíces. Después de tantos siglos de opresión, todavía preservan su habilidad para integrar nuevos elementos a su cultura, y para adaptar su forma de vida al mundo globalizado sin perder su identidad. En las aldeas aisladas, retiradas de las ciudades, los dioses antiguos todavía viven, y los ciclos del calendario sagrado marcan el pulso de las actividades diarias. Al mismo tiempo, los mayas que viven en las ciudades escuchan emisoras de radio en sus idiomas y participan como científicos jóvenes en la investigación de su propia cultura.

Carlos Pallán logra tejer los diferentes hilos de la cultura maya en una nueva y atractiva visión sobre su historia y su mundo, desde la Antigüedad hasta nuestros días. Valiéndose de su experiencia como arqueólogo, historiador y epigrafista, ha logrado proyectar una fascinante e informativa exposición de la historia de este pueblo, en la que se respira una gran simpatía hacia esta cultura y sus creadores. Este libro nos abre la puerta a una de las civilizaciones más extraordinarias del planeta.

Nikolai Grube
Campeche, marzo de 2011

Introducción

Descifrando el pasado maya

Los antiguos mayas. Civilización enigmática y milenaria. Autodenominados *ixi'm winiko'b'* (gente del maíz). Para muchos, sinónimo del máximo esplendor jamás visto en la América precolombina. Una plétora de libros busca rendir homenaje a su memoria. Pocas veces lo consiguen. Sin embargo, demasiados lectores aún se preguntan: ¿quiénes fueron?, ¿cómo vivieron y murieron?, ¿qué quedó de su mundo, hoy casi perdido? Más aún: ¿cómo entender sus creencias, su escritura, su calendario…?

Naturalmente, un volumen sobre tema tan fascinante difícilmente podía faltar en una colección como *Breve Historia*. Aquí encontrará el lector respuesta a algunas de sus mayores interrogantes e inquietudes. Dentro de sus páginas conoceremos los más brillantes

logros de una gran civilización extinta, no sin justicia merecedora de un lugar destacado en el mundo de la antigüedad, al lado de las altas culturas de Egipto, China, Mesopotamia y el Valle del Indo, todas las cuales —al igual que los mayas— fueron capaces de registrar su propia historia y legarla a la posteridad, mediante la invención de sofisticados sistemas de escritura, autónomamente desarrollados. Afortunadamente, tales escritos son hoy inteligibles en gran medida, aunque el desciframiento maya es tan reciente que aún no se ha incorporado plenamente a obras de amplia difusión, como ahora hacemos aquí, a fin de acercarlos al gran público, ávido de conocerlos en detalle.

Algunos de nuestros lectores han tenido ya la inmensa fortuna de visitar el mundo maya y recorrer algunas de sus ciudades más imponentes, donde quizá escalaron elevadas pirámides y perdieron la orientación en laberínticos palacios. Otrora pletóricas de población, estas ruinas son habitadas hoy día únicamente por las más exóticas especies de flora y fauna, inmersas como están en exuberantes bosques tropicales, como aquellos que rodean Tikal, Palenque, Copán, Chichén Itzá y tantos sitios más. Cientos de ellos. Cada uno con sus propias historias que contar, sus propios secretos por desentrañar. Otros vieron despertar su entusiasmo por esta cultura en primera instancia a través de documentales, libros, revistas o bien internet, hoy tan en boga. Sin embargo, para viajeros, lectores y cibernautas bien dispuestos, tales contactos con el mundo maya, lejos de saciar su curiosidad inicial,

no logran sino avivar el fuego del conocimiento, tras experimentar cómo los vestigios del pasado remoto son capaces de despertar su asombro, reverencia y admiración. ¿Quiénes construyeron tales ruinas hace más de mil años? ¿Acaso habrán sido hombres y mujeres como nosotros? De esta forma comienza en no pocos la gran aventura de descubrir el glorioso pasado maya que, en virtud de su carácter universal, resulta también una vía legítima para el autoconocimiento. Su herencia ilumina estas páginas y encierra recompensas para el espíritu comparables a las de descubrir por primera vez los grandes tesoros de la mitología grecolatina o los profundos preceptos filosóficos del Lejano Oriente.



Tikal, Petén. Guatemala. Vista de la imponente acrópolis y la gran plaza central, dominada por el colosal Templo I que alcanza los cuarenta y cinco metros de altura.
Fotografía de Chensiyuan.

Paradójicamente, la misma fascinación que ejercen los antiguos mayas en nuestro excesivamente tecnificado mundo es lo que explica en gran medida por qué aún mantienen su carácter enigmático e impenetrable ante los ojos occidentales. Al gran número de publicaciones sensacionalistas o pseudocientíficas escritas por autores o aficionados sólo familiarizados —en el mejor de los casos— con aspectos muy fragmentarios de esta antigua cultura, se suma el relativo aislamiento mantenido por los círculos académicos autorizados respecto a un público más amplio. En efecto, no pocos de los mayores avances de nuestro tiempo acerca de los antiguos mayas aparecen únicamente en revistas o libros académicos de circulación sumamente restringida, que son conocidos por muy pocos en verdad, más allá de una pequeña comunidad de estudiosos *mayistas*, es decir, de los científicos sociales o expertos dedicados al estudio de esta gran cultura, a través de disciplinas como la arqueología, la epigrafía, la iconografía, la etnohistoria, la etnología y, más recientemente, la historia maya del período Clásico, fascinante campo de estudio abierto a raíz del desciframiento jeroglífico de las últimas décadas.

El libro que el lector tiene ahora en sus manos busca precisamente subsanar la paradoja anterior, ofreciéndole información fidedigna en un lenguaje accesible, desprovisto de jerga técnica, pues es hora de que no sólo la academia, sino también el gran público, podamos trascender juntos el cúmulo de nociones románticas idealizadas o distorsionadas que aún perduran, algunas de las cuales han creído ver en los mayas

poco más que una civilización idílica de pacíficos sabios de la Edad de Piedra, obsesionados por el transcurrir del tiempo y perdidos en esotéricas contemplaciones de los astros, recluidos en centros ceremoniales prácticamente deshabitados por la gente común, hasta que fueron bruscamente sacudidos de tales contemplaciones por la llegada de ambiciosos conquistadores europeos. Por inadecuada que nos parezca ahora esta visión, sin duda representó un avance respecto a elucubraciones previas sobre los orígenes de los primeros pobladores de América y, por ende, de los misteriosos constructores de las evocadoras ruinas que iban descubriéndose a lo largo y ancho del territorio maya.

Vigentes desde la época colonial hasta el siglo XVIII, tales nociones atribuyeron a los mayas fantásticos orígenes. A fin de no violentar el dogma establecido, bajo el cual todos los seres humanos debían forzosamente ser «hijos de Adán», explicar quiénes habían sido los misteriosos constructores de aquellas ciudades tantos siglos abandonadas suscitó que fuesen invocándose por turnos a las doce tribus perdidas de Israel —aquellas entre las que Josué repartió la tierra prometida— o bien al mítico Ofir del rey Salomón, ubicado por unos en Yemen y por otros en el Perú. Como alternativa a admitir lo anterior, la presencia de grandes pirámides cubiertas por exuberante vegetación sugirió a otros vínculos con el Egipto faraónico o con la recóndita Cartago (en la actual Túnez), fundada por la legendaria reina Dido de *La Eneida*. También se recurrió por igual a fenicios o vikingos, alegando que la incomparable destreza náutica de ambos fue capaz

de cruzar océanos en épocas muy anteriores a aquellas en que España, Portugal e Inglaterra se disputaran la supremacía de los mares. Así, llegó incluso a mencionarse entre susurros la fabulosa Atlántida, descrita por turnos por Platón y Séneca, que pronto adquiriría popularidad en el imaginario colectivo para explicar los orígenes de la alta civilización en América durante aquellos primeros siglos de colonialismo europeo.

Tales divagaciones bien pronto habrían de entremezclarse con otras, tanto o más extravagantes, acerca de la existencia de grandes ciudades enteramente construidas de oro o plata, en ocasiones habitadas por gigantes y otras criaturas inverosímiles, aunque siempre buscadas febrilmente por conquistadores como Cortés, Vázquez de Coronado, Orellana y Pizarro. Poco importó que tales urbes de ensueño llevasen por nombre Tenochtitlan, Paititi, Cíbola, o bien El Dorado, su fama llegó a ser tal que aún siglos después inspiraría a figuras literarias de la talla de John Milton, Joseph Conrad y Edgar Allan Poe, o bien a genios musicales como Richard Wagner.

El afán por proyectar concepciones bíblicas y de la antigüedad clásica a toda explicación sobre el origen de estos imponentes vestigios, que comenzaban a hallarse por doquier en las húmedas selvas tropicales de Chiapas, Yucatán, Guatemala y Honduras, únicamente reflejaba el desconcierto y la inhabilidad de la Europa previa al siglo XVIII para comprenderlos, así como su negativa a conceder cualquier posibilidad de que los antepasados de sus sobreexplotados súbdi-

tos indígenas —recién colonizados y convertidos a la fe católica— hubiesen tenido jamás un pasado tan glorioso y brillante como el que a todas luces testimoniaban los vestigios de sus portentosas ciudades, que aun en ruinas parecían rivalizar en tamaño y sofisticación con algunas de las grandes capitales europeas.

No obstante, resulta preciso reconocer aquí a figuras como el evangelizador franciscano español fray Diego de Landa del siglo XVI, y centurias más tarde al famoso explorador estadounidense John Lloyd Stephens, quienes, pese a su ambivalencia, se adelantaron a sus contemporáneos, al atribuir atinadamente la construcción de las majestuosas ruinas de Chiapas y Yucatán a los propios antepasados de los pueblos mayas, que aún habitaban tales regiones.

Fue sólo después de que cayese bajo la Corona española el último reducto maya de Tayasal en 1697 cuando comenzó a entenderse que grandes áreas despobladas en el Petén central —el área nuclear de las tierras bajas mayas— habían sido abandonadas casi por completo muchos siglos atrás, y poblaciones enteras habían emigrado desde allí hacia el norte de Yucatán, a las tierras altas de Chiapas y Guatemala, a las costas de Belice y otras regiones, por causas imposibles de adivinar en aquel entonces, aunque hoy día forman parte de un conjunto de fenómenos referidos como el «Colapso» de la alta civilización que floreció durante el período Clásico.

Afortunadamente, tras dos siglos de investigaciones sistemáticas, la situación hoy día es muy distinta. Además del cuidadoso estudio

arqueológico de estas ciudades precolombinas, uno de las principales vías de acceso a la inigualable riqueza del mundo maya de la antigüedad es el estudio del corpus jeroglífico maya, fuente incomparable de datos de primera mano, que esta obra pone al alcance del lector, conformado por el compendio de todos aquellos monumentos y objetos arqueológicos conocidos que registran auténtica escritura.

Este gran corpus rebasa a la sazón los diez mil ejemplares, producidos literalmente en cientos de distintas urbes mayas de la antigüedad. Comprende textos plasmados en soportes muy diversos, desde inmensas escalinatas jeroglíficas hasta murales pintados al fresco; dinteles, estelas, tableros y columnas labradas, además de objetos portátiles como vasijas cerámicas, joyas e instrumentos finamente trabajados en concha, hueso, obsidiana y jade, sin olvidar los escasísimos *códices*, o auténticos libros jeroglíficos sobrevivientes, resguardados en Madrid, París y Dresde.

Así da comienzo la apasionante aventura intelectual del desciframiento de la escritura maya (narrada en el capítulo 1). A diferencia de los brillantes triunfos individuales que culminaron en desciframientos como el de los jeroglíficos egipcios efectuado por Jean-François Champollion, o bien el logrado por Michael Ventris con el sistema Lineal B micénico, el mérito de esclarecer el sentido de los glifos mayas no corresponde a una sola persona o grupo, sino que comprende una larga cadena de



Palenque (Chiapas). Templo de la Cruz Foliada.
Siglo VII d. C. Detalle del texto jeroglífico del lado izquierdo
del tablero central. Fotografía de Linda Schele

contribuciones individuales y colectivas a través de casi dos siglos de erudición y tenacidad.

Así, el lector podrá valorar en toda su dimensión el fruto de la sucesión de aportes y avances que han hecho posible, en última instancia, penetrar en los códigos usados por los antiguos mayas para el registro de muy diversos géneros de información. Capaz de preservar desde cómputos calendáricos y astronomía hasta historia, mitos y poesía, el intrincado sistema de escritura maya es sin duda el de mayor complejidad visual jamás inventado, por lo cual carecería de sentido juzgarlo en términos occidentales —como el grado de

«pragmatismo» o la capacidad para transmitir información en forma «expedita»—, pues para los mayas y otros pueblos antiguos la escritura resulta mejor entendida como dádiva de los dioses a la humanidad y, por ende, se le atribuye un carácter sagrado.

De esta forma, desde el primer momento nos veremos inmersos en el mundo maya y conoceremos los principales aportes de los estudios de aquella civilización. Aquí resultará claro que su civilización no surgió en el vacío ni por «generación espontánea», sino que fue el resultado de procesos más amplios, verificados en una superárea cultural llamada Mesoamérica, que englobó buena parte de México, todo Guatemala, Honduras y Belice, además de zonas de El Salvador, Nicaragua y Costa Rica. Lógicamente, los grupos étnicos que habitaron tan vasto territorio fueron cuantiosos, junto a otras grandes civilizaciones, inclusive de mayor antigüedad que los mayas, como la de los olmecas que habitaron grandes centros en lo que hoy son Veracruz y Tabasco, en torno a la costa del golfo de México; o bien de mayor poderío y hegemonía, como bien pudo serlo la gran metrópolis de Teotihuacán, en el altiplano central mexicano; aunque en no pocos casos fueron igualmente fascinantes, según podría decirse al menos de Monte Albán en el valle de Oaxaca, o bien más tardíamente de los grandes centros epiclásicos (h. 800-950 d. C.) como Cacaxtla, Xochicalco, Tula y Tajín, cuyo esplendor cosmopolita «internacional» bien puede compararse al de Uxmal y Chichén Itzá en el norte de Yucatán.

En cualquier caso, difícilmente podríamos entender la civilización maya sin reparar en el medio ambiente donde se desarrolló. Único en riqueza y biodiversidad. Habitado por especies de flora y fauna que llamaron tempranamente la atención de naturalistas tan insignes como el barón Alexander von Humboldt, llevándole a bautizar el territorio de la entonces Nueva España como el «cuerno de la abundancia». A pesar de no haberlas podido visitar personalmente, las observaciones formuladas por este erudito alemán sobre las ruinas de Palenque, Copán y Utatlán pronto habrían de avivar la curiosidad ilustrada de Carlos III, rey de España entre 1788 y 1808. Como resultado de ello, se ordenó desde entonces la elaboración de dibujos exactos y precisos de los vestigios monumentales ubicados dentro de algunos territorios de lo que entonces fueron el Virreinato de la Nueva España en México y la Capitanía General de Guatemala.

Tales características medioambientales también permitirán al lector apreciar las difíciles condiciones en que los mayas desarrollaron su portentosa civilización, cuyos orígenes y desarrollo (objeto del capítulo 2) nos remontarán desde el advenimiento de los primeros pobladores hasta el origen de los primeros centros urbanos del Preclásico medio (h. 1200 a. C. - 100 d. C.). Extraordinarios avances en la agricultura y la tecnología hidráulica, acompañados de una nueva organización social y especialización del trabajo, desencadenarían posteriormente el surgimiento de la alta cultura urbana que persistió desde el Preclásico superior (400 a. C. - 250 d. C.), incluyendo centros

como El Mirador, Nakbé, San Bartolo, Tikal y Uaxactún.

A continuación tendría lugar el Clásico temprano (h. 250-600 d. C.), período en que tuvieron su origen las más importantes dinastías, cuyos pormenores conoceremos en el capítulo 3, a través de sus mitos fundacionales. Fue durante este intervalo cuando miles de habitantes en cada una de las grandes ciudades acabarían por someterse al poder centralizado en la figura de todopoderosos gobernantes, quienes literalmente encarnaban el poder político, religioso y militar. Al llegar la segunda mitad del siglo IV, el área maya viviría uno de los episodios más fascinantes de su historia —recogido en el capítulo 4—, que involucra la llegada de un poderoso grupo de extranjeros procedentes de la gran Teotihuacán, comandados por el lugarteniente Sihajiiy K'ahk' ('Nacido del fuego') y su enigmático rey, llamado Jatz'o'm Ku' ('Búho lanzadardos'). A la postre, ambos personajes lograrían imponer un nuevo orden en las tierras bajas, cuyo recuerdo perduraría siglos después.

Llegamos así a la era de los «reyes divinos» (*k'uhul ajawtaak*), cuya sabiduría, competitividad y ambición llevarían a la civilización maya a alcanzar el pináculo de su desarrollo durante el período de esplendor Clásico tardío, entre el 600 y el 900 d. C. —al cual dedicamos los capítulos 5 y 6—. La abundancia de textos jeroglíficos y profusión de datos arqueológicos que datan de esta época nos permiten alcanzar aquí los mayores niveles de detalle y riqueza narrativa de nuestro relato. Veremos cómo, gracias al descifra-

miento, los grandes logros mayas no deben ser entendidos hoy día como el producto impersonal de figuras anónimas, remotas e inaccesibles. Muy al contrario, uno a uno, sus principales gobernantes, esposas, hijos y las genealogías de sus distintos linajes han podido rescatarse del olvido. Hoy podemos pronunciar de nuevo los nombres originales de las antiguas ciudades que gobernaron, mil quinientos años antes de que sus descubridores modernos las refirieran con otros, como Copán, Palenque, Tikal, Piedras Negras, Yaxchilán y Calakmul.

Así, exploraremos la biografía del más poderoso de los reyes mayas, Yuhkno'm el Grande, máximo soberano de la dinastía de la serpiente *Kaanu'ul* (entonces asentada en Calakmul), cuyas proezas buscarían ser emuladas en vano por su sucesor Yuhkno'm Yihch'aak K'ahk' ('Garra de Jaguar'), hasta verse bruscamente truncadas por su némesis de Tikal, Jasaw Chan K'awiil, quien lo derrotaría en un épico combate. Fue esta también la época en que los hijos del afamado K'inich Janaahb' Pakal consolidaban su refinada corte en Palenque (antes llamada Lakamha'), mientras en Yaxchilán, el longevo Kohkaaj B'ahlam III ('Escudo Jaguar III') disputaría gallardamente la supremacía del río Usumacinta contra los poderosos reyes de Yokib' (hoy 'Piedras Negras').

De esta forma, nuestros lectores gozarán de acceso privilegiado a los principales episodios que tuvieron lugar dentro del gran escenario de las tierras bajas mayas. Seremos espectadores allí de cruentas batallas en pos de una hegemonía imperial que

jamás podría lograrse del todo, protagonizadas por la dinastía de la serpiente y su archirrival Tikal, en una serie de confrontaciones que trascendieron fronteras y generaciones. Veremos como estas grandes potencias buscaron entablar redes o confederaciones con una amplia gama de sitios menores en fuerzas, obligándoles a tomar partido por alguno de los bandos, dentro de un amplio espectro de interacción, que podía abarcar desde burdas demostraciones de poderío militar —como la destrucción de ciudades o la toma de cautivos de alto rango— y alianzas estratégicas en pos del control de territorio, recursos o poblaciones, hasta formas notoriamente más sutiles, como el fomento de relaciones diplomáticas a través de vínculos de parentesco, el obsequio de costosos bienes de prestigio y la celebración de rituales conjuntos, que incluyen torneos de juego de pelota relativamente amistosos. Tal es el marco en el que se desarrollaron los eventos que definieron la historia maya, según pueden ser reconstruidos hoy, con una riqueza de detalles que habría sido impensable antes del desciframiento moderno.

Pero toda era llega a su fin, y aquella de los «reyes divinos» no sería la excepción. Así sobrevendría el Colapso, fenómeno cuyas causas últimas estamos aún lejos de comprender satisfactoriamente —según explica el capítulo 7—, aunque sabemos que involucró fuertes éxodos y migraciones, aunadas al abandono de la mayoría de los grandes centros del sur, que pronto serían engullidos por la selva y el olvido, hasta ser redescubiertos un milenio después. Aún en medio de las catastróficas secuelas del Colapso, el

norte del mundo maya vería aún una última era de gran esplendor, simbolizada por la llegada del héroe legendario Ketzalcōatl-K'uk'ulkáan (la Serpiente emplumada) cuya biografía nos llevará de un extremo a otro entre el mito y la historia, aunque examinaremos las huellas que dejó a su paso en portentosas ciudades como Chichén Itzá, Uxmal, Ek' Balam, Edzná y Mayapán. Surgiría un nuevo orden internacional (reflejado en el capítulo 8), llamado así porque involucró una fuerte participación de distintos grupos étnicos, algunos mayas, otros procedentes del lejano Veracruz, Tabasco e incluso del México central, como los itzáes, chontales y nawas. Tal ideología tuvo como base la refundación de ciudades «modelo», basadas en la arquetípica Tulan-Suywa'; el auge en el comercio a larga distancia; el incremento en el militarismo y el énfasis en nuevos cultos religiosos, centrados en la figura de la serpiente emplumada, otro de cuyos múltiples aspectos fue también el dios del viento E'ekatl, de alargado pico.

Pero el legado maya no se limita a la riqueza de su historia, sino que la trasciende en mucho. De esta forma, a lo largo de nuestro recorrido podremos compenetrarnos con el núcleo de creencias íntimas que conformaron su mitología y religión. Nociones clave para entender su pensamiento fueron aquellas relacionadas con la «geografía sagrada» —donde cobran importancia vital las distintas cualidades de los rumbos cardinales y sus colores asociados— y aquellas referentes al eterno ciclo de vida, muerte y renacimiento inherente a todos los seres animados que poblaron su

vasto cosmos —desde el ciclo de veinticuatro horas del sol (*k'in*) hasta el de trescientos sesenta y cinco días de la planta de maíz (*haab'*)—. En el centro de este vasto mapa del cosmos se encuentra un gran árbol de ceiba (llamado antiguamente *Yaxte'*) que, cual eje del cosmos, atraviesa con su tronco los distintos niveles celestes mientras su amplia copa se ramifica por regiones luminosas —habitadas por benévolas deidades—, aunque su base reposa sobre el lomo de un inmenso saurio que simboliza las regiones terrestres, a la vez que sus raíces se hunden hasta perderse en la negrura del inframundo, habitado por ominosos seres de la oscuridad.

Las deidades principales del panteón maya siempre nos asombran por sus atributos, facultades y poderes sobrenaturales, al igual que por su proteica fluidez; son tan capaces de fisionarse en una multiplicidad de aspectos y desdoblamientos como de fusionarse en torno a un par de principios unificadores generales. Examinaremos algunos de los episodios míticos donde estas intervienen, dentro de las narrativas de origen y fundacionales (capítulo 3), tales como los que narran la Fecha Era del momento de la Creación, acaecido en el 3113 a. C., cuando se manifestaron tres piedras siderales, relacionadas con otros tantos «tronos» de jaguar, serpiente y agua, y quizás también con sucesivas «conquistas» o «victorias», acaecidas en una primigenia cancha de juego de pelota, sin duda una metáfora para representar al cosmos mismo. Hablaremos también del diluvio previo a tal creación —fijado

por ellos en el 3298 a. C.—, vinculado con muchas de sus más profundas concepciones, que los llevarían a percibir, por ejemplo, estrellas y planetas como flores enjoyadas u otras fantásticas entidades anímicas, sólo lejanamente comparables a las constelaciones de nuestro Zodiaco occidental.

Veremos cómo la historia maya está repleta de paradojas, desde el desarrollo singular de su grandiosa civilización en un ambiente hostil y selvático hasta la construcción de inmensas acrópolis, basamentos y pirámides en completa ausencia de instrumentos metálicos. Durante toda la obra se muestran algunos de los más importantes logros culturales que alcanzaron los mayas, brindando al lector mayor oportunidad de acercarse a sus sorprendentes avances intelectuales. Sin duda despertarán la admiración del lector sus extraordinarios conocimientos matemáticos y astronómicos, muy superiores a los vigentes en la Roma y Bizancio contemporáneos, así como sus técnicas constructivas y brillantes soluciones arquitectónicas, desarrolladas en condiciones harto inferiores con respecto al Viejo Mundo, como fueron la ausencia de bestias de carga y de transporte a rueda.

Al final del recorrido a través del mundo sin parangón que ahora se abre ante nosotros, veremos cómo los antiguos mayas pueden perfectamente prescindir de toda especulación fútil e imaginación desenfrenada —recursos fáciles, comunes en libros, películas y documentales de nuestro tiempo— para ofrecernos en cambio su verdadero legado, tan vigente en su capacidad universal de fascinar, cautivar y

despertar admiración y asombro como lo fue hace más de trece siglos, cuando alcanzaron el pináculo de su desarrollo. Así, sin necesidad de recurrir a la fantasía, el avance de los estudios mayas ha podido en verdad rescatar muchos de los aspectos más extraordinarios de su antigua civilización, que ahora ansían brillar con luz propia en páginas como estas, orientadas a un público más amplio. Lejos de emprender búsquedas infructuosas sobre sus orígenes en la mítica Atlántida o el recóndito Cartago, debemos volvernos hacia la propia Mesoamérica, cuna de otras portentosas civilizaciones.

Tampoco debemos dar crédito a versiones recurrentes sobre una supuesta y súbita «desaparición» de los mayas, como por arte de birlibirloque, puesto que sus lejanos descendientes —desprovistos ya de la gloria de antaño, tras el colapso de su portentosa civilización— habrían de ser subyugados por blancos y barbados conquistadores llegados en extraños navíos, dueños de armaduras metálicas, espadas, armas de fuego, caballos, falsas gemas de cristal y otros prodigios, inauditos en la América precolombina.

Bien es cierto que la gran civilización que crearon se extinguió, junto con las formas más elevadas que cobró jamás su conocimiento y arte, aunque según veremos, ello ocurrió en gran medida por causas muy anteriores a la época del contacto europeo. Pese a ello, una paradoja ulterior —que abordaremos en la última sección— es que aún existan casi seis millones de mayas pertenecientes a más de veintiocho distintos grupos étnicos reconocidos. Dispersos en

sus comunidades o entremezclados con la población de grandes ciudades en México, Guatemala, Honduras, Belice y El Salvador, ellos se siguen enfrentando cotidianamente al reto de ser diferentes a quienes hoy les gobiernan. Tras sobrevivir al Colapso y a la Conquista, tras siglos de opresión, los mayas de hoy continúan negándose a desaparecer, manteniendo aún vivos aspectos significativos de sus diversas lenguas y milenarias tradiciones. No hay duda de que algunos, pocos, de los grandes secretos de sus antepasados todavía laten en su sangre y habitan su memoria. Llegó la hora, amigo lector, de que juntos emprendamos la travesía anunciada por su vasto mundo…

1

El mundo maya y los estudios mayas

El mundo maya

Antes de hablar de los protagonistas y eventos en el devenir histórico de toda civilización, es preciso mirar el telón de fondo donde se desenvolvieron. El mundo maya de la antigüedad abarcó un territorio aproximado de 360.000 km^2, es decir, prácticamente la misma área de la Alemania actual. Rodeada por costas, regada por decenas de ríos y atravesada por cordilleras montañosas, se trata de una vasta región con un exuberante medio ambiente, conformado por una diversidad de ecosistemas. Su ubicación al sur del trópico de Cáncer y al norte del Ecuador le confiere un clima tropical, donde la gloria de las cuatro estaciones de latitudes más septentrio-



Mapa del área maya donde se resaltan algunas de las principales ciudades del período Clásico. Mapa elaborado por el autor.

nales parece reducirse a sólo dos temporadas tajantemente marcadas: lluvias y secas. No obstante, no faltarían motivos de inspiración a genios de la talla

de Antonio Vivaldi e Igor Stravinsky, de haberles sido posible contemplar una puesta de sol, una tormenta eléctrica o un firmamento nocturno estrellado, como sólo pueden apreciarse en el corazón del mundo maya. El menor número de estaciones se ve aquí ampliamente compensado por las posibilidades sorprendentes de variabilidad climática, geográfica y ecológica, en función de la altura sobre el nivel del mar, la proximidad a las costas, el tipo de suelos y otros factores.

Para su tamaño, este territorio albergó una diversidad natural pocas veces vista en el mundo. En términos de nuestra geografía actual, la superficie del área maya cubriría el tercio sureste de México, incluyendo los estados de Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo. También abarcaría prácticamente la totalidad de Guatemala y Belice, así como las porciones occidentales de Honduras y El Salvador. Los límites geográficos naturales del área maya resultan claros hacia el norte (el golfo de México) y hacia el sur (el océano Pacífico). Hacia el poniente y el oriente, es más apropiado hablar de fronteras culturales, las cuales naturalmente estuvieron sujetas a períodos de expansión y contracción a través del tiempo, en función del esplendor y decadencia de las culturas dominantes que allí se asentaron. Con todo, podríamos delimitar grosso modo una frontera occidental en torno al istmo de Tehuantepec y el río Copilco —no lejos de las ruinas de Comalcalco— mientras que el límite oriental comprendería sitios como Cerén y Cihuatán, en torno al río Lempa, continuando desde Copán hasta Naco a

través de los valles aluviales formados entre los ríos Ulúa, Chamelecón y Motagua, que desembocan en el golfo de Honduras.

Siempre pintorescos, los paisajes que engalanan el área maya van desde las áridas planicies desprovistas de ríos del norte de Yucatán —donde el agua debía extraerse de *cenotes* (*tz'ono'ot*) o cavidades subterráneas de singular belleza y significado ritual— hasta las arenas volcánicas de las costas del Pacífico de Guatemala, situadas 800 km al sur. Al poniente del istmo de Tehuantepec existen pantanos y manglares, aunque también desolados parajes de fuertes vientos. Al oriente están las aguas color turquesa del Caribe. Fue en las tierras bajas centrales, sin embargo, donde la más alta cultura maya tuvo su origen. Lo que allí puede encontrarse es una de las más densas selvas tropicales imaginables, rebosante de exóticas especies de flora y fauna, algunas delicadas y exquisitas, otras mortalmente peligrosas. En su conjunto, configuraron un territorio de abundancia sin par, del que hoy sólo quedan vagos reflejos, aunque otrora permeó el antiguo pensamiento maya e inspiró la mayoría de sus manifestaciones artísticas, las cuales nos ayudarán a vislumbrar su mundo casi perdido, sin duda con admiración, acaso con reverencia.

En muchas publicaciones, el área maya se divide todavía de manera harto simple y esquemática, como «tierras altas» y «tierras bajas», aunque no pocas ciudades importantes se desarrollaron precisamente en zonas transicionales entre una y otra partición. Por ello, hoy en día goza de mayor aceptación

describir el área maya en seis grandes regiones, que de sur a norte serían: 1) la costa y piedemonte del Pacífico; 2) las tierras altas del sur; 3) las tierras altas del norte; 4) las tierras bajas del sur; 5) las tierras bajas centrales y 6) las tierras bajas del norte. A continuación se explican las características más generales de cada una de estas regiones.

La costa y piedemonte del Pacífico abarcan la amplia y fértil franja que se forma entre las costas del Pacífico y las cordilleras volcánicas a cuyo pie se inician las tierras altas. Tal franja ocupa entre 40 y 100 km de longitud, desde el sur del istmo de Tehuantepec y la región llamada del Soconusco, a través de Chiapas, Guatemala y El Salvador. Desde el Pacífico, se interna unos 80 km en dirección opuesta a la costa. El clima de esta región es tropical o de tierra caliente, entre los 25 y 35°, y se torna más templado conforme se asciende por el piedemonte, con una temporada de lluvias que generalmente va de mayo a diciembre y alcanza entre 3.000 y 4.000 mm anuales. Este trayecto es atravesado por algunos ríos que fluyen desde el eje geovolcánico hasta la costa, incluyendo el río Lempa. Los fértiles suelos oscuros y la abundante lluvia hacen de esta un área bien dispuesta para cultivos tan apreciados antiguamente como el cacao y el algodón. Contiene sitios arqueológicos de importancia como Izapa, Chutinamit, Takalik Abaj, Ocos, El Mesak, El Baúl, Bilbao y Monte Alto. Respecto a la importancia de la costa y el piedemonte del Pacífico, algunas de las primeras muestras de sociedades complejas en Mesoamérica —como la producción de cerámica— han

aparecido en esta región en sitios como la playa guatemalteca de Ocos, al igual que algunos de los textos jeroglíficos más tempranos de toda el área maya, como los descubiertos en monumentos de Takalik Abaj y El Baúl.

Las tierras altas del sur se yerguen por encima de los 800 m de altitud, desde el eje volcánico que corre en forma paralela a las costas a través de Chiapas, Guatemala, El Salvador y Honduras —aunque 80 km tierra adentro— hasta la cordillera llamada Sierra Madre oriental, formada por la unión de dos placas tectónicas que comunican los macizos continentales de Norteamérica y Sudamérica. Incluye el valle de Guatemala y los lagos Atitlán e Ilopango. Algunos de sus picos, como los volcanes Tajumulco y Tacaná, rebasan los 4.000 m de altura. Se trata de una zona que históricamente ha sido asolada por frecuentes terremotos y erupciones volcánicas, suscitando con ello migraciones y repoblamientos cuyas profundas consecuencias están aún vigentes en nuestros días. Su clima es muy diverso, desde tierra templada a tierra fría, oscilando entre los 15 y 25°, con lluvias entre mayo y diciembre, aunque es ligeramente menos lluvioso que la costa y piedemonte del Pacífico. Los suelos volcánicos de las tierras altas son el resultado de masivas erupciones de piedra pómez y cenizas que datan del Pleistoceno, donde milenios de lluvia y erosión han formado un paisaje rugoso, interrumpido frecuentemente por amplios valles de fértiles suelos. Entre los sitios de importancia de las tierras altas del sur están Santa Marta, Zaculeu, Utatlán, Mixco Viejo, Iximché, Kami-

naljuyú (antigua capital regional ubicada en la actual ciudad de Guatemala); Ixtepeque y El Chayal (importantes por la extracción de obsidiana), Chalchuapa, Cihuatán y Joyas de Cerén (aldea devastada por una erupción volcánica hacia el 600 d. C., de forma similar a la villa romana de Pompeya).

Por su parte, las tierras altas del norte van de los 750 a los 2.000 m de altitud sobre el nivel del mar. El área que comprenden todas estas regiones abarca partes altas de México, Guatemala y Honduras. Se conforman de cordilleras montañosas de roca metamórfica que atraviesan los valles del alto Motagua y del Grijalva, las tierras altas de Chiapas, la Alta Verapaz y los altos Cuchumatanes, los fértiles valles de Rabinal y Salama, las Salinas de los Nueve Cerros —de donde se extraían grandes cantidades de sal para el comercio a larga distancia—, así como la Sierra de las Minas en el valle medio del río Motagua, rica en depósitos minerales de jadeíta y piedra serpentina, muy cotizados por los antiguos mayas. Una plétora de ríos tributarios del gran Usumacinta —incluyendo al Jataté, el Lacantún y el principal de ellos, llamado Chixoy— riegan generosamente la zona. El clima abarca desde temperaturas templadas ligeramente por debajo de los 15 hasta los 30-35°, más propios de la *tierra caliente*. Su índice de precipitación fluvial es igualmente variable, desde los 750 a los 2.500 mm anuales, concentrados entre mayo y diciembre. Como ciudades principales de esta región, destacaron Chiapa de Corzo, Comitán, Tenam Puente y Tenam Rosario, Chinkultic, Salinas de los Nueve

Cerros, Nebaj, Chamá, Sakajut y El Portón. Son numerosos los sitios olmecas reportados aquí, anteriores al establecimiento de grupos mayas. En forma periférica, esta región fue alcanzada por desarrollos de alta cultura procedentes de las tierras bajas. Como resultado, no pocos de sus sitios produjeron monumentos esculpidos y finas vasijas polícromas, con escritura jeroglífica difundida desde las tierras bajas, aunque con algunos rasgos distintivos regionales que indican el uso de lenguas del tronco k'iche'ano mayor.

Pasemos ahora a las tierras bajas del sur, que abarcan el mayor territorio dentro del área maya. Yacen generalmente por debajo de los 800 m y son también llamadas «transicionales», debido a que presentan algunas características ambientales y culturales situadas a medio camino entre las tierras altas y las bajas. En México, corren a través de la selva Lacandona de Chiapas al oriente de Tabasco, extendiéndose desde allí hasta el norte de los departamentos de El Quiché, Huehuetenango, Verapaz e Izabal, en Guatemala. Incluyen también el fértil valle del bajo Motagua, cuyos ríos desembocan en el golfo de Honduras.

El sur de las tierras bajas se divide a su vez en subregiones más culturales que geográficas, llamadas Occidental, Usumacinta, Petexbatún y Motagua bajo. Las dos primeras comprenden mayormente sitios en torno a las cuencas de los ríos Usumacinta y San Pedro Mártir, a través de los estados mexicanos de Chiapas y Tabasco, así como una parte del Petén Guatemalteco. La tercera subregión se ubica dentro de Guatemala y la cuarta dentro de Honduras. Al sur de este territorio

hay elevaciones rugosas de rocas cársticas. El resto contiene formaciones de piedra caliza. Su clima de *tierra templada* cede paso gradualmente al de *tierra caliente* (25-35°) en las partes bajas, hasta convertirse en el propio de la selva o bosque tropical, con un elevado porcentaje de lluvia —por encima de los 3.000 mm anuales— que en ocasiones cae prácticamente todo el año, entre mayo y marzo. Tan elevada tasa de humedad ambiental ha ocasionado que crezcan grandes áreas de bosques tropicales de montaña donde proliferan lianas, musgos y líquenes y habitan especies de aves tan exóticas como el quetzal.

Si Egipto tuvo el gran Nilo —que propició el florecimiento de su avanzada civilización— y Mesopotamia se desarrolló a expensas de los ríos Tigris y Éufrates, un eje fundamental de la civilización maya fue el río Usumacinta. Se subdivide en el Alto Usumacinta, de fuertes corrientes y bravos raudales que dificultaron su navegación —que abarca desde la confluencia de los ríos de La Pasión y Salinas hasta la zona de Boca del Cerro y Pomoná— y el Bajo Usumacinta, de aguas mansas y navegables —que continúa desde allí hasta su desembocadura en el Golfo de México—. Otros torrentes de ancho caudal en las tierras bajas del sur fueron el Jataté, el Lacantún, el Chapuyil, el Chixoy, el de La Pasión, el Sarstoon (que divide Belice de Guatemala) y el río Dulce.

Allí florecieron poderosas capitales de alta cultura, entre las cuales existieron fuertes rivalidades, De poniente a oriente, pueden mencionarse Palenque, Toniná, Piedras Negras, Yaxchilán, Dos Pilas y Copán.

Una plétora de sitios de menor rango fueron controlados por estas, destacando Comalcalco, Pomoná, Tortuguero, Santa Elena, Moral-Reforma, Anaayte', Bonampak, Lacanjá, Seibal, Itzán, Altar de Sacrificios, Aguateca, Cancuén, Machaquilá, Quriguá y Pusilhá.

Por su parte, las amplias tierras bajas centrales se encuentran por debajo de los 150 m de altitud y han sido referidas como «la cuna» de la alta civilización maya, debido al extraordinario desarrollo que cobraron allí centros muy tempranos que datan desde el Preclásico superior (400 a. C. - 250 d. C.), entre los que se cuentan El Mirador, Nakbé, Uaxactún, Tikal y San Bartolo. Abarca desde la parte sur de los estados mexicanos de Campeche y Quintana Roo hasta la bahía de Chetumal, descendiendo hacia la cuenca de El Mirador y el departamento del Petén guatemalteco, otra gran cuenca interior de 100 km de longitud. Esta porción central se encuentra delimitada hacia el este por el mar Caribe, en cuyas costas hubo también centros importantes. Las temperaturas aquí son de *tierra caliente*, entre 25 y 38°, aunque con menor precipitación fluvial (2.000 mm anuales de promedio).

Tales condiciones favorecen la presencia de una densa selva tropical, cuyos estratos superiores rebasan los cincuenta metros de altura, acompañados de una gran diversidad de especies de flora y fauna. En ciertos tramos, el entorno selvático se ve interrumpido por zonas de pastizales o inhóspitas depresiones semipantanosas, llamadas «bajos», donde predominan matorrales y arbustos espinosos. El número de ríos y el porcentaje de humedad disminuyen en las tierras bajas centrales,

ya que cierto número de ellos desaparecen en la época de secas, aunque se originan allí o lo atraviesan ríos de caudal considerable, como el Candelaria, el Mamantel, el San Pedro Mártir, el río Hondo, el New River y el Belize River. A la par, el terreno se torna más plano, adquiriendo incluso características de sabana hacia el sur, parte fácilmente inundable en torno a sus múltiples *bajos*, dando paso a un sistema de trece o catorce lagos, el mayor de los cuales es el lago Petén-Itzá, que abarca 160 km^2. A fin de garantizar el suministro de agua, los mayas de la antigüedad aprovecharon depósitos naturales llamados «aguadas», y en muchos casos los expandieron hasta crear auténticos lagos artificiales capaces de abastecer grandes poblaciones.

A nivel geopolítico, en ninguna otra parte del área maya existieron centros de mayor magnitud que las dos grandes metrópolis que controlaron la mayor parte de las tierras bajas centrales, la poderosa Calakmul —gobernada en su época de gloria por la dinastía Kaanu'ul, o de la serpiente— y su némesis, la majestuosa Tikal que se encuentra bajo la égida de los reyes de la dinastía de Mutu'ul. No resulta exagerado decir que las múltiples confrontaciones protagonizadas por una y otra de estas «superpotencias» de la antigüedad configuraron en buena medida la historia de todas las tierras bajas mayas. Otros sitios de las tierras bajas centrales fueron (de norte a sur) Uxul, Naachtún, Becán, Balakbal, El Palmar, El Perú-Waka', La Corona, Río Azul, Lamanai, Altún Há, El Zotz', Jimbal, Uaxactún, Yaxhá, Nakum, Motul de San José, Itsimté-Sakluk, Ixkún, Naranjo y Caracol.

Por último, las tierras bajas del norte abarcan prácticamente la mitad superior de la península de Yucatán, en México, incluyendo la parte norte y occidente de Campeche, y la totalidad de Yucatán y Quintana Roo, con excepción del tercio sur de este último estado. Tras atravesar una zona transicional llamada Chenes-Río Bec, los gigantescos estratos arbóreos de las tierras bajas del sur van disminuyendo de tamaño hasta convertirse paulatinamente en matorrales. La topografía de esta región es marcadamente plana, con zonas de sabana hacia el oeste, y se ve interrumpida únicamente en forma muy ocasional por serranías bajas, inferiores a los ochenta metros de altura, como la sierrita de Ticul y las colinas de Bolonchén, ubicadas en la región Puuc. Los suelos son muy delgados y no exceden más de cuarenta centímetros de grosor, bajo los cuales aparecen extensos afloramientos de roca caliza del período Cenozoico. Respecto a la agricultura, ello significaba cosechas y densidad de recursos arbóreos mucho menos abundantes que las del Petén y otras regiones. Si bien en la porción sur todavía pueden encontrarse algunos arroyos y riachuelos —e incluso grandes cuerpos de agua como la laguna de Bacalar— conforme el terreno se torna más árido hacia el norte, el agua comienza a escasear, hasta el punto en que sólo es posible hallarla en pequeños depósitos formados por erosión —llamados *sartenejas*— y grandes cavidades subterráneas llamadas cenotes (del maya *tz'ono'ot*), que se forman al colapsarse el techo de las cavidades de porosa capa de roca cárstica del subsuelo.

La precipitación anual en las tierras bajas del norte es generalmente inferior a los 2.000 mm, y en ciertos lugares inclusive menor a 500 mm, mientras que la temporada de lluvias es más marcada, y tiene lugar entre junio y diciembre. Por sus características, esta región está expuesta a una mayor vulnerabilidad frente a fenómenos meteorológicos como huracanes y ciclones procedentes del Caribe, y se halla también afectada por intensos períodos de sequías. Pese a las desventajas comparativas de esta región en cuanto a disponibilidad de agua y delgadez del suelo cultivable, el hecho es que en algún momento de la historia maya, muchos de los grandes centros clásicos del sur «colapsarían» —por razones que vamos a explorar en detalle más adelante— y su población tendría que migrar hacia sitios del norte, entre los que se cuentan (de poniente a oriente) Champotón, Edzná, Xcalumkin, Oxkintok, Uxmal, Kabah, Sayil, Dzibilchaltún, Mayapán, Chichén Itzá, Ek' Balam, Cobá, Tulum y Tancah. Debido a su dinamismo, en esta región son apreciables múltiples innovaciones en el arte y la arquitectura.

Flora y fauna

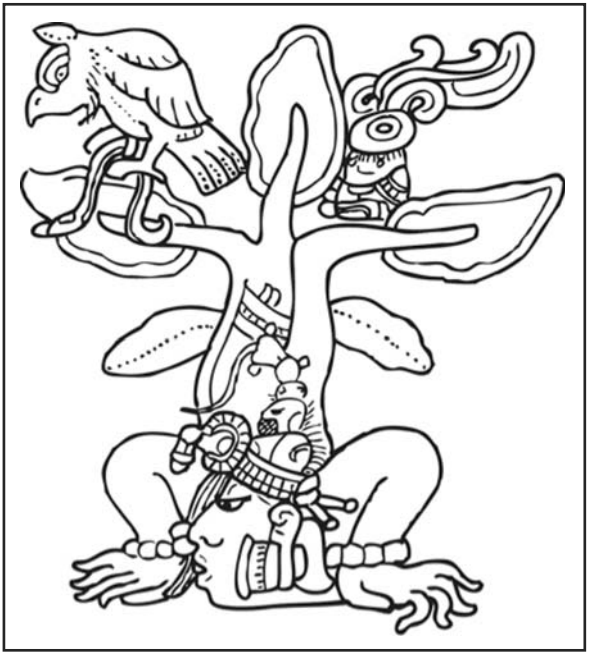
Pese a la severa deforestación de las últimas décadas, la abundancia de árboles es todavía una de las características más conspicuas del área maya. Ello se refleja incluso en la etimología de vocablos como *Guatemala* (del nawatl *Kwawtimala-tlan*) y *K'iche'*,

ambos con el significado de «región donde abundan los árboles». En las partes montañosas de las tierras altas abundan especies de pino y coníferas, mientras que en los valles crecen grandes árboles como el roble. Hoy en día el clima de las laderas montañosas es apto para el cultivo de café de excepcional calidad, aunque este no fue introducido sino hasta el siglo XIX. El principal modo de subsistencia en la antigüedad fue —y hasta nuestros días sigue siendo— el cultivo de la milpa ('parcela' en nawatl), para lo cual se modificaban las laderas en forma de terrazas, técnica que permite ampliar la superficie cultivable, a la vez que capta los ricos depósitos de tierra fértil arrastrados por las lluvia. En estas terrazas se practicó intensivamente la agricultura de «roza y quema», que más adelante discutiremos en profundidad. Desafortunadamente, este tipo de agricultura requiere deforestar grandes extensiones de terreno, lo cual, aunado a la introducción de prácticas occidentales como la ganadería y la tala de maderas preciosas, ha acabado con la mayor parte del bosque tropical de montaña de las tierras altas, diezmando con ello incontables especies de fauna. Como resultado, la otrora gran biodiversidad de las tierras altas y bajas incluye ahora muchas especies animales y vegetales en peligro de extinción. La zona transicional entre ambas regiones, comprendida por las tierras bajas del sur, presenta características medioambientales únicas, como son la vegetación de tipo tropical en las partes bajas y los valles —incluyendo árboles de ramón, caoba y ceiba— y de tipo boreal en las laderas y

cumbres montañosas, como los bosques de coníferas, robles, cactáceas, musgo y líquenes.

Sin embargo, el grueso de la alta civilización maya se desarrolló en las tierras bajas centrales, cubiertas por selvas siempre verdes (llamadas bosques tropicales perennifolios), cuyas altas copas llegan a bloquear el paso de hasta el 99% de la luz solar hacia el suelo, cubierto por una gruesa capa de humus conformado de hojas en descomposición. El alto índice de precipitación fluvial permite allí densidades de hasta ciento cincuenta especies arbóreas por hectárea y una diversidad increíble de plantas, muchas con propiedades alimenticias o medicinales que los mayas conocieron mejor que nadie. Los incontables árboles se distribuyen formando entre tres y cinco estratos bien diferenciados. Allí abundan especies como la ceiba, enorme árbol nativo que alcanza hasta setenta metros de altura. Simbólicamente, la ceiba jugó un papel fundamental en el pensamiento maya, al hacer las veces de *axis mundi* o eje del cosmos. En estratos inferiores aparece la caoba —de hasta cuarenta metros de altura—y el ramón —de entre veinte y treinta y cinco metros de altura—, que produce pequeños frutos que pueden molerse en una pasta similar a la masa de maíz con la cual los mayas elaboraban tamales, cuyas partes en ocasiones se combinaban o sustituían por las de maíz en la dieta, especialmente en épocas de escasez. Otras especies son el cedro español y el chicozapote, pudiendo este último rebasar los treinta metros de altura. La dureza de su madera

lo hizo ideal para la fabricación de dinteles y postes en la arquitectura, amén de que su savia produce el chicle o goma arábiga, cuya sobreexplotación en tiempos modernos lo ha convertido en un recurso escaso, aunque también ha propiciado el descubrimiento de un sinnúmero de ciudades mayas ocultas en la espesura de la selva.



El árbol de cacao asociado a un dios del maíz en contorsión.
Imagen en vasija cerámica.
Tierras bajas del sur. Clásico temprano.

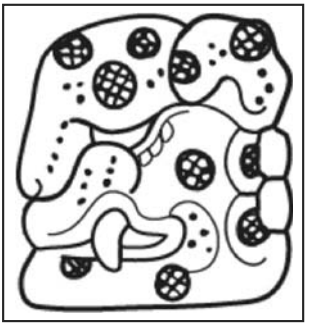
Por su parte, el amate o árbol de ficus produce un fruto no comestible similar al de la higuera, y de su corteza macerada se extrae una pulpa que es golpeada hasta producir láminas delgadas que son luego puestas a secar al sol, obteniéndose así el preciado *papel amate* que era luego recubierto de níveo estuco, sobre el cual podían pintarse con los más brillantes colores



El árbol *Ficus glabrata* personificado como la entidad AHN, cuyas hojas foliadas contienen numerales de puntos y barras, que indican su uso para la elaboración de códices.

los incontables libros plegables mayas tipo biombo o *códices*, como los que aún existen en Madrid, París y Dresde, según mencionamos previamente. Otra especie arbórea fue el palotinto o «palo de Campeche», del que los mayas obtenían la tintura negra, un pigmento muy apreciado. Había también palmas como la de corozal —que produce un aceite comestible exquisito— o bien la palma de guano, cuyas hojas siguen cubriendo los techos de las viviendas mayas de hoy, tal y como lo





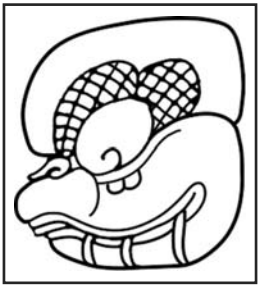
Arriba: el poderoso jaguar (Panthera onca), mayor felino de la selva tropical, otrora abundante en las tierras bajas, muy codiciado por su piel. Izqda.: jeroglífico maya para jaguar *(b'ahlam)*.
Dibujo del autor.





Izqda.: el quetzal resplandeciente de la selva tropical.
Arriba: jeroglífico maya para quetzal *(k'uk')*.
Dibujo del autor.

hicieron más de mil años atrás. En estratos más bajos aparecen árboles frutales como el cacao, de entre seis y diez metros de altura, muy apreciado por las élites mayas y comercializado extensamente a través de Mesoamérica, que llegará a ser usado como moneda





Reptiles de las tierras bajas mayas, en su representación jeroglífica: la serpiente *(chan)* y el lagarto *(ahiin)*.
Dibujos del autor.

en tiempos más tardíos, aunque parece tratarse de una especie originaria de Sudamérica. Fue debido al cacao importado del Nuevo Mundo desde el siglo XVI que Europa se aficionó en tan gran medida al chocolate. Sus frutos están protegidos por una espesa corteza, dentro de la cual hay una pulpa comestible y dulce que envuelve numerosos granos alargados y de forma oval similar a las avellanas, aunque de amargo sabor. Con ellos, los mayas producían exquisitas bebidas fermentadas y espumosas, dignas de ser consumidas por los grandes reyes y sus convidados. Según veremos, el cacao formó parte muy importante de la mitología maya.

Respecto a la fauna, estos distintos estratos selváticos del mundo maya fueron el hábitat de un conjunto de criaturas de mayor o menor inverosimilitud para el conquistador y el explorador del Viejo Mundo. Las copas de los árboles estuvieron —y aún están en ciertas regiones— densamente pobladas de monos araña y monos aulladores, estos últimos capaces de emitir potentes rugidos. Ambos primates jugaron un papel fundamental en la mitología como dioses patronos de artistas y escribas. Aunque sin duda la criatura más imponente de todo el mundo maya fue el jaguar, a juzgar por la obsesiva reiteración de este tema en el arte y la escritura tanto maya como de muchos otros pueblos de Centroamérica y Sudamérica. Llega a alcanzar los dos metros de longitud y es el tercer felino de mayor tamaño en el mundo, únicamente superado por el león africano y el tigre asiático. Este depredador prefiere merodear en las densas selvas,

que le facilitan tender emboscadas a sus presas con su mordedura letal. Fue debido a ello que los antiguos mayas lo llamaron *b'ahlam* o el 'animal escondido', cuyos hábitos nocturnos le hicieron ser asociado con el inframundo y la oscuridad. Mientras el hábitat del jaguar tiende a limitarse a las partes bajas, en las zonas transicionales y montañosas cede su lugar en la cadena alimenticia al puma, otro gran felino, llamado *choj* por los mayas. De voraz apetito y fiero temperamento, gusta también de cazar de noche atacando por sorpresa, importándole poco que sus víctimas puedan superarle en tamaño. Otros grandes felinos conocidos por los mayas fueron el ocelote, el leopardo y el jaguarundi, si bien son de dimensiones más reducidas que los dos primeros.

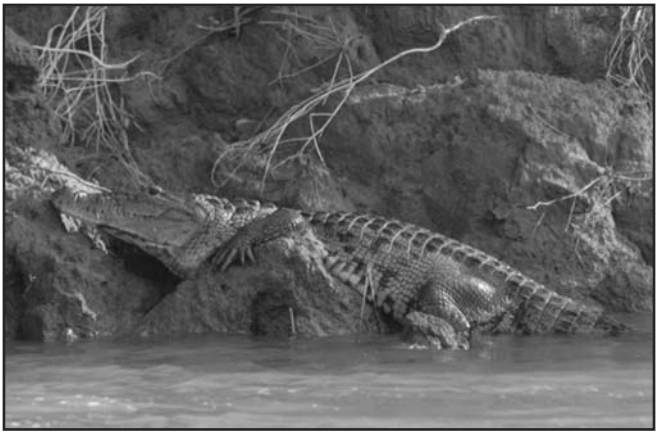


La temible nauyaca *(Bothrops asper)* llamada por los mayas «cola de hueso» *(b'áakne')*, uno de los ofidios más letales de América. Fotografía de Al Coritz.

No menos peligrosas fueron las diversas especies de serpientes venenosas, destacando en primer lugar la *b'aakneh* ('cola de hueso') o *nauyaca* ('cuatro narices'), que alcanza hasta dos metros de longitud y cuya letal ponzoña produce necrosis o muerte de los tejidos afectados. La sigue inmediatamente la víbora de cascabel tropical que gusta de merodear en las selvas y sabanas de centro y Sudamérica mientras agita sus crótalos a manera de advertencia, pues su veneno puede producir parálisis progresiva, ceguera y sordera. Los mayas la llamaron *tzahb'kaan* y la relacionaron con la constelación de las Pléyades. También vive aquí el coralillo, alargado ofidio cuyo cuerpo presenta anillos negros, rojos y amarillos, cuya secuencia ayuda a diferenciar la especie verdaderamente peligrosa de otra inofensiva, que sólo la imita para no ser molestada. Aunque no representa un riesgo para el ser humano, la gran boa constrictor (llamada también serpiente-venado, *chijchan* o *mazacoata*) es capaz de engullir mamíferos de gran tamaño y es uno de los ofidios más representados en la mitología y el arte mayas. También los muy numerosos ríos y cuerpos de agua dulce en torno a las antiguas ciudades estuvieron habitados por enormes cocodrilos de color pardo grisáceo que, si bien distintos al lagarto americano o al caimán, podían alcanzar los cuatro metros de longitud. Con sus poderosas fauces y voraz apetito, este saurio infundió temor y respeto a los antiguos mayas, quienes lo llamaron *ahiin*, haciéndolo protagonista de varios de sus mitos de creación.

Dentro de tan exuberante medio, tanto depredadores naturales como pobladores humanos tuvieron

acceso a una amplia gama de carne de caza. Las presas de mayor tamaño incluyeron al enorme tapir de hasta trescientos kilos de peso —llamado *tihl*—, el oso hormiguero, el agutí, la tuza, el tlacuache, el coatimundi, el venado de cola amarilla y el pecarí o jabalí salvaje, llamado *chitam*. Inferiores en tamaño fueron el armadillo, el topo, el zorro, el mapache, el puercoespín y reptiles y anfibios como la iguana, el sapo, la rana arbórea, y las distintas especies de tortugas, algunas de enormes proporciones. También fueron codiciadas por su delicioso sabor y brillante plumaje aves como el quetzal, el tucán, el faisán, el guacamayo, el pavo real, el guajolote, la cotinga y el pájaro carpintero. En ríos, lagos y costas los mayas se proveían de una gran diversidad de peces y otras criaturas marinas, como el



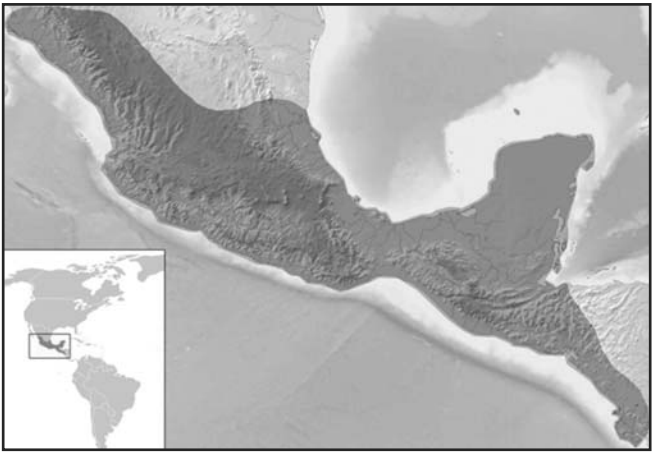
Un enorme lagarto (*Crocodylus acutus*) toma el sol a la orilla del río Usumacinta, en el camino hacia Yaxchilán. Fotografía de Lucia R. Henderson.

tiburón —*xook* en maya—, la mantarraya, el delfín, el bagre, el pez gato, la mojarra, el robalo y el tarpón, así como caracoles, ostras, almejas y otros moluscos —cuyas conchas podían ser después finamente decoradas—. El amplio menú al que tenían acceso las élites mayas incluía también camarones de río y mar, langostas, piguas, cangrejos, pulpos, calamares e inclusive enormes manatíes o «vacas marinas».

También existían entonces muchos de los mismos insectos y arácnidos que hoy día siguen importunando a viajeros y turistas —en menor medida— y especialmente a quienes pasan largas temporadas o viven allí. Estas especies incluyen hormigas arrieras y hormigas soldado, toda clase de mosquitos —como el de la malaria—, avispas y abejas —que los mayas cultivaban por su miel y cera—, moscardones y moscas como el ruidoso tábano o bien la mosca chiclera, cuyas picaduras pueden causar graves daños, al igual que las de incontables especies ponzoñosas de artrópodos que allí habitan, como la araña y el escorpión. Menos dañinos para el hombre resultan los ciempiés y milpiés, llamados *chapaht* en la antigüedad; las enormes tarántulas que alcanzan el tamaño de un puño humano; los escarabajos (algunos voladores) y las orugas, que se metamorfosean en incontables especies de mariposas de vibrantes colores, algunas de hasta veinte centímetros, que superan en número a sus compañeras nocturnas, las polillas. Entre las especies exóticas está el insecto palo, de cualidades miméticas casi tan extraordinarias como las del camaleón. Por las noches es común escuchar

a manera de telón de fondo el chirriar producido por innumerables chicharras y grillos, adornado contrapuntísticamente por el croar de las ranas y sapos. Finalmente, las múltiples cuevas del mundo maya están plagadas de murciélagos, llamados antiguamente *suutz'*, cuyo excremento contiene esporas que, en caso de ser inhaladas, pueden causar grave daño a los pulmones si no se toman las debidas precauciones.

Mesoamérica



Mapa que muestra la extensión aproximada de Mesoamérica, super área cultural que abarcó porciones de México, Guatemala, Honduras, Belice y El Salvador. Elaborado por Alejandro Covarrubias.

Para entender el mundo maya, es preciso situarlo dentro de un contexto más amplio, pues su brillante civilización no se desarrolló de forma aislada ni brotó por «generación espontánea», sino que perteneció a un conjunto de culturas que se ramificaron a partir de un tronco común que hoy llamamos Mesoamérica. Fue el investigador alemán Paul Kirchoff quien acuñó este término hacia 1943, para referirse a una superárea poblada por distintas culturas que compartían características, creencias, prácticas y orígenes comunes. Así, Mesoamérica llegó a extenderse desde el norte de México hasta las costas del Pacífico de Nicaragua y Costa Rica en el sur. Se trata sin duda de una de las regiones de mayor diversidad biológica y cultural en todo el mundo. Como tal, estuvo densamente poblada de gente perteneciente a un cúmulo de grupos étnicos más o menos emparentados, pertenecientes a diversas familias lingüísticas.

Entre las características comunes que exhiben las diversas culturas mesoamericanas podemos citar una agricultura de subsistencia basada en el maíz, frijol, chile y calabaza, así como el uso del palo de labranza llamado coa; métodos agrícolas como las chinampas —jardines de cultivo para ganar terreno a los lagos— y las terrazas en las laderas de los cerros; el comercio a larga distancia de bienes como la obsidiana, el jade, la sal y el cacao; la construcción de pirámides escalonadas, con frecuencia orientadas astronómicamente; el uso de escritura jeroglífica fonética; un sistema de creencias que incluía un amplio grupo de deidades íntimamente vinculadas con el cielo, la tierra y el agua; el empleo de sistemas matemáticos posicionales para